

Pregón

de

Juan José Castro Martín

36ª FERIA DEL LIBRO

del 21 al 30 de abril de 2017

36ª FERIA DEL LIBRO



***RED DE BIBLIOTECAS PÚBLICAS
MUNICIPALES DE MOTRIL***

Pueblo de Motril, amigos, conciudadanos:

Como cada año se conmemora en esta fecha el **Día del Libro**. Pero se conmemora más que se celebra. No me dirijo a ustedes para hablarles de las excelencias, virtudes y beneficios de Lectura, que las tiene, sino para iniciar junto a ustedes la celebración, y celebrar supone la alegría. Por tanto, hemos de hablar de la alegría que transmiten los libros en una sociedad en que el estado de júbilo o la jovialidad se equipara al entretenimiento o a un hedonismo mal entendido.

Tal vez sea exagerado afirmar, como Margarite Yourcenar, que un libro tan sólo contiene las cenizas de la vida; lo que es indudable es que son una experiencia vital y no solo un camino para adquirir conocimiento, a veces no sabiduría. En la lectura se ensancha el mundo y se multiplican sus horizontes. Seguramente lo comprenderán ustedes mejor si lo ilustro con un pasaje del famoso capítulo sexto de la primera parte de las hazañas y desventuras de nuestro hidalgo:

“El cual todavía dormía. Pidió las llaves, a la Sobrina, del aposento donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dio de muy buena gana; entraron dentro todos, y el Ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños; y así como el Ama los vio, volvióse a salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo y dijo:

- Tome Vuestra Merced, señor licenciado, rocíe este aposento, no esté aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten, en pena de la que les queremos echar del mundo.

Causó risa al licenciado la simplicidad del Ama...”

En este fragmento no solo puede verse la vinculación de la vida y la lectura sino, además, la relación de fuerzas de visiones diferentes acerca del propio alcance de la escritura y aun de la lectura. Aunque parezca cosa de encantamiento, tal hecho sigue manteniéndose. Me refiero en concreto a la manera en que el ciudadano percibe la lectura como algo con poder, entre lo extraño y lo maravilloso. Como hemos podido comprobar, el genial Cervantes ya nos lo adelantaba.

Es precisamente esa extrañeza, ese componente casi mágico el que debemos celebrar. Pero no la simpleza del Ama que campa en nuestro tiempo ante la naturaleza cultural del hombre y de la razón libresca de una civilización, la hispánica, donde la letra impresa (y la cantada, y la recitada) han sido tan determinantes para levantar el edificio social, a pesar de esa España huraña e ignorante, la España que ora y bosteza machadiana en su poema “El mañana efímero” frente a la otra de la rabia y de la idea. Posiblemente no sea solo la pobreza económica la que humilla a los pueblos, sino también la espiritual. De esa miseria humana sabemos mucho aquí, en esta tierra, para vergüenza y tristeza nuestras. Este seguramente es el motivo decisivo de celebración del día de la lectura y del libro.

No debemos, sin embargo, dejarnos engañar o hechizar por los *encantadores* de los muchos que actualmente acompañan a los libros, artefacto convertido por la industria en producto de consumo y que ha sido, por tanto, desvirtuado, despojado de su dimensión, sometido a los intereses, aunque propiamente hablando toda la Literatura de algún modo lo sea.

Como cualquier lector sabe, en la lectura se cifra una libertad fruto de la inversión del tanpreciado tiempo en tal actividad. La lectura es

libertad, la libertad de vivir, interpretar y conocer, la libertad de elegir. En la conclusión final de Giovanni Boccaccio a su obra cumbre en lengua toscana, El Decamerón, se reafirma en la necesidad de interpretación libre de los textos:

“Ninguna mente corrompida escuchó jamás palabra alguna limpiamente, y así como a las honestas no les sirven, así las que no son tan honestas no pueden contaminar a las que están en buena disposición, como el lodo a los rayos del sol o las fealdades terrestres a las bellezas del cielo. ¿Qué libros, qué palabras, qué palabras son más santos que los de la Sagrada Escritura? No obstante ha habido muchos que, entendiéndolos perversamente, han llevado a sí y a los demás a la perdición. Todo en sí es bueno para algo, pero mal empleado puede acarrear muchos daños; y lo mismo digo de mis cuentos”.

Ya en el siglo XIV este autor italiano apuntaba no sólo hacia la necesidad de lo escrito como fundamento de un orden humano, sino también a la necesidad de que el Hombre elija libremente, para bien o para mal, pero es la elección individual lo que determina el carácter de aquello que debe ser recibido individualmente, especialmente la ficción literaria.

En nuestros días, resulta incuestionable esta base para una sociedad plena, con ciudadanos capacitados que tengan la necesidad y la oportunidad de desarrollar su potencial, al menos, irónicamente, sobre el papel; en la práctica, la realidad dista mucho de esto. Una sociedad sana, emancipada es una sociedad que lee aunque, como muestran las estadísticas, estamos en época de carestía. Tal vez eso explique muchos de los males que nos aquejan.

También nos equivocaríamos si cayésemos en el relativismo del valor

de las cosas; los usos actuales equiparan y asimilan artefactos culturales muy dispares, originados en procesos inequívocamente diferentes. Así, vale lo mismo la expresión irreflexiva y espontánea en las redes sociales que la creación fruto de una larga reflexión estética. De eso se encargan los mecanismos de amplificación y propaganda de un sistema que enajena al objeto artístico de su concreción para lanzarlo a las masas en forma de producto de consumo.

Precisamente la difusión inmediata ha hecho proliferar este tipo de pseudoartefactos artísticos donde, si se analizan con atención, predomina en ellos la filiación en una ideología de lo inmediato, de la falta de esfuerzo, de la facilidad. El Arte y la Literatura son mucho más que eso, más que una simple manera de entretenimiento.

En este sentido, los libros solo tienen valor cuando conducen a la vida y le son útiles, o al menos así lo veía el Premio Nobel de Literatura alemán, luego suizo, Herman Hesse. Debe ser la vida la que conduzca a los libros, en ellos, a pesar de quienes afirmen lo contrario, lo vital se cifra y se salva.

Tal vez muchos de ustedes piensen que, claro, para mí, una persona perteneciente al mundo de las letras, resulte fácil decirlo. Sin embargo, puedo asegurarles que no; tal vez puedan decir que es algo lejano, ajeno al devenir de los días, a sus inevitables y angustiosos problemas, algo por tanto diametralmente opuesto a la vida. Sin embargo, he de pedirles que no caigan en la misma simpleza del Ama. Trataré de iluminar mis palabras con otras palabras.

Aún pueden verse en esta vega nuestra las señas de identidad del

pueblo de Motril, la altura de las chimeneas de su pasado industrial y, sobre todo, las señales de una próspera actividad agrícola cuyo mejor exponente es o, por mejor decir, fue la caña de azúcar, herencia recibida de un pasado noble, la andalusí, y herencia donada a los pueblos americanos. Las labores del campo siempre han estado ligadas a nuestra ciudad, a su modo de ser, de entender la vida y, en definitiva, a nuestra cultura.

Los trabajos rurales desde muy antiguo han estado ligados al hombre, han marcado sus ritos y costumbres, y han producido otros frutos, los espirituales, indisociables de los otros, determinantes los unos con los otros. Tales son nuestras raíces.

Hay un hecho que, ahondando en lo anterior, no debemos perder de vista y es la etimología misma del verbo leer. Proveniente de la forma latina *legere*, en su acepción menos conocida significa recoger, recolectar los frutos, además de recorrer con la vista, leer. Y lo que se recorre con la vista son esas líneas, las que marca el arado en la tierra o la que traza el estilo en una tablilla de cera antes de la invención del papel. No es de extrañar que los romanos adoraran a Saturno como dios de la agricultura y como dios de la escritura. ¿No lo concebía así el extraordinario Virgilio en sus *Geórgicas*?

La distancia percibida hoy con el mundo de las letras, de la Literatura, es irreal, impuesta por los prejuicios de un falso mito de corte tardorromántico en el que el escritor -y aún más el poeta- exhibe un aristocratismo desfasado, aunque fundamentado en la rebelión interior, la de su soledad y automarginación, contra un sistema mental y social que arrolla cualquier atisbo diferencial en sus individuos. Esto

ocurre así, al menos de una parte; de otra habría que señalar el peso de la industria editorial que en su afán de desarrollo ha robado la dignidad al oficio de las letras y ha enajenado la Literatura hasta convertirla en una mercancía indiferenciada, sin contenido y reducida al cliché en sus formas. Dicho de una forma más sencilla, estamos en un periodo histórico donde se trata de borrar toda la tradición literaria y cultural para sustituirla por una realidad simplificada en la que los ciudadanos no tengan nada que aportar ni que decir sobre el statu quo establecido.

No debemos olvidar, siguiendo esta pequeña argumentación en contra de lo ilusoria visión que hoy se tiene de la Literatura, que precisamente los pueblos cifraron su memoria como colectivo en tradiciones orales que en algún momento, al menos de forma parcial, fueron puestas por escrito dando origen así a la escritura. ¿Entienden ustedes por dónde voy?

En mi caso, *los libros han sido el mejor viático que he encontrado para este humano viaje*. En ellos encontré sabiduría, diversión, conocimiento y también el modo de dialogar con las mentes privilegiadas de lugares y tiempos distintos. Me ayudaron a entender mejor cuanto me rodeaba y a comprenderme mejor a mí mismo. Están siempre presentes, disponibles, accesibles, dispuestos a revelarme no lo que decían, sino lo que significaban. La lectura excede en mucho la mera afición; se equivocan aquellos que puedan equiparar a quien lee a cualquier otro pasatiempo o afición. Desgraciadamente, la concepción y disposición del tiempo impide a muchos hacerlo de otra forma puesto que equiparan tiempo libre y tiempo de ocio. Sobre esto podríamos discutir mucho, pero no creo

que sea adecuado hacerlo aquí dado que debemos celebrar.

Como les decía, a mí los libros me llevaron aún más lejos. La lectura me llevó a la escritura. Primero fue una actividad circunstancial, sin mucha conciencia, me movía más la pasión juvenil y testimonial que la escritura misma. Pero fueron llegando nuevos libros, nuevos autores, nuevos mundos, nuevos géneros. A cada uno le fui asignando un lugar, como vivencia, como tiempo vivido plenamente, les reservaba el intervalo justo para que resonaran en mí, les rendía tributo. Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Vicente Aleixandre, Gabriel García Márquez, Elena Martín-Vivaldi, Shakespeare, Lope, Calderón, Quevedo, Góngora, Garcilaso, Villamediana, Aldana, San Juan o Fray Luis inauguraron mis ojos al asombro. Y seguían viniendo y era como si me asfixiaran y yo tratara de subir a alguna superficie a tomar no sé qué aire. Herman Hesse, Thomas Mann, Milan Kundera, Albert Camus, Goethe, Novalis, Friedrich Holderlin, Luis Cernuda, Prados, Rilke, Celan, Ingeborg Bachmann, Friedrich Nietzsche, Wallace Stevens, José Hierro, Claudio Rodríguez, Antonio Carvajal, Lev Tolstoi, Fiodor Dostoievski, Boris Pasternak, Anna Ajmátova, María Zambrano, William B. Yeats, Basho, Safo, Sófocles, Virgilio, Dante Aligheri, Francesco Petrarca, Pier Paolo Passolini, Charles Baudelaire, Julio Cortázar, María Victoria Atencia, Fernando Pessoa, Alejandra Pizarnik, Santa Teresa de Jesús... Necesitaba aire y por eso subía tratando de salvarme de aquella salvaje locura, de aquel descubrimiento desmesurado y terrible: la Belleza.

Entonces ocurrió. Simplemente esperó el instante, esa iluminación momentánea de la que habla el poeta italiano G. Ungaretti. Apareció mi primer texto consciente, concebido cerebralmente por un instinto

que como el azor se abatió con precisión de cirujano sobre la desprevenida paloma de mi vida saliendo de entre la maleza de emociones de un bosque de significaciones confusas. La Poesía para mí fue manifestación del orden de las cosas y de mi estar en el mundo. Trascendió la mera afición y se hizo pasión de vivir.

En modo alguno pude calcular el movimiento expansivo de aquel hecho que me arrastraría no sólo hacia nuevas lecturas, sino también a otras disciplinas artísticas y otras culturas y lugares. Fue el inicio de un viaje sin fin, más allá, mucho más, de las meras fronteras del gusto, tan sometido y domesticado en nuestro tiempo. Quien se inicia en la lectura corre el riesgo, como fue mi caso, de ejemplificar las palabras que otro personaje cervantino, la Sobrina, también en el citado capítulo VI de la Primera parte del Quijote, que dice:

“y, lo que sería peor, hacerse poeta, que según dicen, es enfermedad incurable y pegadiza”

La lectura es, como muy bien sabía Cervantes, enfermedad y locura. A mí me enloqueció, me hizo poeta. No existe remedio para ellas. La escritura puede aliviar un tanto esas sed y hambre de Tántalo. Un afán sin descanso, despierto en cualquier circunstancia que no deja de agujonear y de atormentar a quien la padece, una angustia deleitosa. Y es aún peor porque para lograrla, para materializar la escritura, se ha de padecer mucho, supone asumir una tarea casi titánica. Ante todo la escritura es trabajo, es siembra.

Para que la tierra dé sus frutos, una lluvia propicia ha de regarla mansamente, para que el agua penetre y no arrastre el manto fértil que la cubre hasta malograrla, hasta volverla estéril. Luego tendrá que ser la benevolencia de un Guadalfeo montaraz de nieves el que

traiga materiales nuevos hasta las vegas, las que aún sobrevivan a la especulación de la estulticia y la avariciosa especulación humana, y fertilicen la tierra con continuos riegos a salvo de soles nocivos. La luz ejercerá de madre y a ella tenderán los primeros plantones incipientes, aún sin carácter pero prodigando ya su verdor y bajo el arrullo de un mar cercano. No hemos de olvidar otra labor decisiva, la de la paciencia, y puedan las plantas crecer hasta hacerse altas, orgullosas cañas vestidas de ásperas hojas que protejan el dulzor interno.

Entonces, solo entonces, estaremos listos para la recolección. Daremos las plantas a los brazos expertos que sabrán quitar de los campos llenos de limo la hojarasca sobrante con la sabiduría de un fuego purificante que dejará los troncos desnudos, dispuestos para la monda y su acarreo adonde pueda extraerse el preciado jugo. En el proceso una lluvia de pavesas escribirá con su tizne el relato de nuestro esfuerzo, de nuestra búsqueda, será el testimonio de un invierno que acaba y de la necesidad de quitar lo excesivo, lo sobrante, aquello que pueda enmascarar el corazón de nuestros desvelos.

Esta extraña alegoría trata de ilustrar el proceso de la escritura. La escritura es una especie de zafra donde con un trabajo más artesanal que mecánico, más humano que industrial, se intenta extraer la melaza del poema como culminación de un trabajo duro. En esa labor seguramente sea la paciente lectura el sustrato fundamental de un buen texto. El escritor debe ser un lector inmenso, insaciable, glotón, goloso, exquisito, refinado con el tiempo como el azúcar de caña pero sin artificiosidad en sus formas sencillas y naturales.

No quisiera acabar este pequeño alegato sin rogarles que disculpen mi torpeza en estas palabras debidas a la aceleración y falta de pausa en la sociedad de la prisa y de la desinformación en la que vivimos inmersos sin apenas existir. Elijan sus lecturas, ellas luego les irán eligiendo a ustedes. Lean, no dejen que nadie les cuente, tengan el valor de averiguar por ustedes mismos, negro sobre blanco y línea tras línea, o verso a verso, cuál sea su camino. No olviden que, como dijo Cicerón, una casa sin libros es como un cuerpo sin alma. Ábranles las puertas, con ellos llegarán volando raros pájaros.

Muchas gracias por su atención y por su tiempo.

Juan José Castro Martín

Juan José Castro Martín
Motril (Granada) 1977



Licenciado en Filología Hispánica y Licenciado en Teoría de la Literatura y Literatura comparada por la Universidad de Granada, ejerce profesionalmente la docencia como profesor de enseñanza secundaria.

Como poeta ha publicado las obras: ***No cesa el tiempo*** (Premio Genil de Literatura, 2002, Diputación de Granada), ***Deriva de las islas*** (Premio de poesía Villa de Peligros, 2007, Diputación de Granada) y ***Margen de lo invisible*** (Premio de poesía Florentino Pérez-Embido de la Academia de las Buenas Letras de Sevilla, 2010, Rialp, colección Adonáis). Así mismo, obtuvo el **XIX Premio Internacional de Poesía “Antonio Machado en Baeza”** en el año 2015 con el poemario ***La habitación cerrada***, que ha sido publicado en la editorial Hiperión y con el que fue finalista del XXII Premio de la Crítica de Andalucía.

Recientemente ha colaborado en el volumen de homenaje a D. Luis de Góngora y Argote, ***Pasos de peregrinos***, editado por el Patronato Federico García Lorca y la Diputación de Granada, en la antología ***Todo es poesía en Granada*** y en el Libro de homenaje a San Juan de la Cruz, ***Concierto poético para San Juan de la Cruz***, en la colección Puerta del Mar de Málaga. Ha sido incluido en la **Séptima Antología de Adonáis** en el año 2016.

LOS PECES VAN A LA ESCUELA

*Hay un colegio
en el fondo del mar,
y allí los "bonitos"
Bajan a estudiar.*

*Y el que mas escribe
es el calamar,
y el que menos sabe
no sabe la "a".*

*A dar la lección
"Pez Espada" va,
lleva su puntero
para señalar:*

*"Con olas y barcas,
el Norte del mar,
y limita al Este
con playas sin par..."*

*Y después, muy serios,
todos a rezar:
Pupitre de perlas,
bancos de coral,
encerado verde
y tiza de sal.*

*Muchos pececitos
rien al sumar.
Y el buzo a los peces
bajaba a asustar,
con su cara blanca
dentro de un cristal.*

**Homenaje a *Gloria Fuertes*
en el Centenario de su nacimiento (1917-2017)**



AYUNTAMIENTO DE
MOTRIL
Concejalía de Educación